

Fabio el almacenista

Los accidentes dentro de los supermercados siempre me han parecido un espectáculo muy cómico de ver, por ejemplo, un joven que se le resbale una botella de gaseosa; o una mujer que se le escurra una la bolsa de arroz; o un gordo que se le explotó un paquete de papas. Pero la gracia se pierde cuando el afectado es algún niño. Por lo menos eso fue lo que escuché en boca de una señora que empujaba un carrito repleto de embutidos, que en la sección de bebidas se había volcado una góndola de gaseosas sobre un niño.

Me dirigí al pasillo para observar el accidente. Noté a un grupo de personas reunidas entorno a la víctima. Me tranquilice al enterarme que no se trataban de un niño. El herido era un empleado del supermercado. Estaba en el suelo, inmóvil, y algunos de sus compañeros lo trataban de ayudar, no sabían cómo pero lo intentaban. Hasta que dos de ellos reaccionaron y lo alzaron sobre una camilla. El lesionado estaba boca abajo, con la cabeza hacia un lado y miraba desorientado a los demás. Cuando vi el tamaño del cuerpo, entendí porque la señora lo confundió con un niño. Era Fabio Ospina Peña, el almacenista enano.

Y le digo enano sin acudir algún eufemismo rebuscado que utilizan muchas personas para adornar su condición. Algunos creen que llamarlos de otra manera va a evitar herir sus sentimientos, están muy equivocados. Los enanos saben que son diferentes a la mayoría de la población, y hace mucho tiempo han aprendido a aceptarse a sí mismos. Llamarlos "gente pequeña" o "persona bajita" no cambian en nada las cosas, es más, lo consideran más ofensivo porque "persona bajita" lo

ven como una especie de epíteto hipócrita que los aísla de la población “normal”. Según Fabio, decirle a un enano “persona bajita” es igual o más falso que llamar a un negro “afro descendiente”.

Conocí a Fabio cuando abrieron un supermercado de cadena en mi barrio. La primera vez que lo vi, estaba apilando unas botellas de jugos de naranja en la nevera. Me acerqué y le pregunté si había alguna posibilidad de encontrar una bolsa de kumis, ya que sus compañeros me habían dicho que estaban agotados. Al escuchar mi solicitud, sin explicación alguna, dejó lo que estaba haciendo y caminó hacia el interior de la bodega del supermercado. Luego, apareció con una canasta llena de kumis. Se acercó de nuevo a la nevera y dijo “la pereza de algunas personas, vecino” y se dispuso a ordenar tanto los jugos como los kumis. Desde ese momento nos hicimos muy amigos y siempre le pregunté sobre los productos que no encontraba en las estanterías.

Fabio tiene veintinueve años de edad, mide un metro con veinticinco centímetros y sus brazos son fornidos como el resto de su cuerpo. Su cara es cuadrada, y sobre sus ojos color miel se dibujan un par de cejas espesas. El tabique de su nariz es recto, tanto que hace juego con la forma simétrica de su quijada. Su rostro me recuerda al actor colombiano Marlon Moreno pero en una versión más infantil. Es oriundo de la ciudad de Sogamoso, Boyacá. Su familia está conformada por su madre de cincuenta y dos años, y sus dos hermanos: Víctor de veintitrés y Lizbeth de dieciséis. Su padre era conductor de una flota en Sogamoso, falleció en un dramático accidente de tránsito, cuando un borracho en un Volkswagen se le atravesó en la carretera y por esquivarlo, él se fue hacia un

barranco. En esa época Fabio solo tenía dieciséis años de edad y no entendía muy bien por qué la gente conducía ebria. Desde entonces jamás se toma un trago, ni siquiera en navidad.

Fabio, desde antes de cumplir la mayoría de edad, asumió el rol de padre sustituto, un rol que le impuso el destino y que jamás se imaginó que tendría que desempeñar. Y desde aquel momento prometió trabajar firmemente y responder por los gastos de su familia.

Cuando ocurrió el accidente en el supermercado, sus compañeros lo llevaban en una camilla, lo hacían como si fuera un herido en combate. Fabio me reconoció de inmediato. Sacudió su mano para saludarme, luego levantó el pulgar para indicarme que todo estaría bien. Pregunté a dónde lo llevaban. Nadie me respondió, todos estaban aún conmocionados por el accidente, solo una chica con frenos rojos pudo responderme. Me dijo que lo trasladaban al interior de las bodegas del almacén, allí había un botiquín de primeros auxilios. Tal vez con eso podrían hacer alguna curación. Algo en mi interior me decía que no se trataba de un frecuente y simple accidente de trabajo. En alguna ocasión, Fabio me contó que sufría de fuertes dolores de espalda, hace algún tiempo le diagnosticaron principios de escoliosis múltiple. Una enfermedad que desvía la columna vertebral progresivamente y es muy común en las personas enanas.

Fabio era el único de su familia que contaba con un empleo estable. Su madre tenía un pequeño puesto de empanadas frente a su casa, desde hace cuatro años, empezó a padecer unos extraños dolores que le impedían

desempeñarse en un trabajo de planta. Se sometió a innumerables exámenes de laboratorio pero no encontraban el origen de sus dolencias. Los médicos llegaron a pensar que tal vez era hipocondriaca. Su madre se indignó tanto con esa respuesta que tomó la decisión de no volver a pedir una cita a una EPS. Ahora asistía a un médico homeópata que le aliviaba los dolores. Por otra parte, su hermano Víctor, estudiante de noveno semestre de economía, tampoco podía trabajar. Él decía que andaba muy concentrando en terminar su carrera y no le quedaba tiempo para un trabajo de oficina. Y Lisbeth, su hermana menor, todavía estaba en el colegio y era muy pequeña para ayudar económicamente. Siendo así las cosas, Fabio era el único con un ingreso fijo y estaba dispuesto a darlo todo por mantener a flote la economía familiar. Y lo hacía a costa de su propio bienestar. A pesar de todo, él era muy optimista con la situación, no la veía tan grave como yo. “Siempre que uno tenga salud y familia, lo demás es ganancia” decía muy convencido.

Al día siguiente fui al supermercado y pregunté por Fabio. Me dijeron que lo habían incapacitado por cuatro días. Entonces decidí visitarlo y saber qué tan grave había sido su lesión.

Fabio vive en un barrio que se llama Visión Colombia, queda ubicado al suroccidente de Bogotá, su cuadra está rodeada de terrenos baldíos y calles destapadas. Su ubicación en el mapa de la ciudad está entre la calle 13 y la Avenida Boyacá. Vive en la primera planta de un edificio de cuatro pisos. La fachada es de color verde limón y los bordes de las ventanas son de un rojo intenso, desde lejos parece un lugar que la navidad llegó antes de tiempo. Se me

Diana terminó de alistar su puesto para vender empanadas y se puso a barrer la entrada. En ese momento llegó Fabio, caminaba lento y arrastraba su pierna izquierda. Me dirigí a saludarlo antes que llegara al encuentro. Me dijo que fuéramos a la panadería a hablar, no quería que su madre nos escuchara.

Llegamos a una panadería donde exhibían unas succulentas almojábanas en la vitrina. Pedimos un par junto con dos gaseosas. Tuve que ayudar a Fabio a sentarse en la silla. El dolor en su espalda no lo dejaba acomodarse bien. Noté que tenía un par de ojeras profundas, me imaginé que no había dormido muy bien la noche anterior. Me contó que el médico le había dicho que la escoliosis estaba avanzando. Los músculos de su espalda estaban totalmente contraídos y tenía que asistir a unos controles con el fisioterapeuta para distensionarlos. Pero había un problema, esos controles interferían con su horario laboral. Ahora Fabio estaba preocupado porque tal vez su jefe inventara cualquier justificación para despedirlo. Más aun teniendo en cuenta que su vinculación laboral estaba por medio de una temporal de trabajo. Así era más fácil terminar su contrato sin ninguna clase de indemnización.

Fabio sostenía a su familia con un millón doscientos mensuales. Trabajaba horas extras y algunos días festivos. Esa era la suma que tenía que llegar para cubrir todos los gastos familiares. El sueldo apenas alcanzaba para la comida, los servicios y una antigua deuda del Icetex que amenazaba en quitarle lo único que les había dejado su padre: un apartamento. Su hermano, Víctor, había adquirido un crédito hace algunos años. Lo hizo con la esperanza de estudiar y después conseguir un buen trabajo. Él convenció a todos para poner en garantía el

apartamento que les había dejado su padre. Víctor se comprometió a trabajar en el día y estudiar en las noches. Ese era el plan inicial y sonaba muy bien. Pero en la mitad de carrera, cuando cursaba sexto semestre, se dedicó a beber y a salir con amigas de la clase. Víctor bajo el promedio académico que le exigía la universidad para mantener el crédito, por lo tanto el Icetex le suspendió el préstamo y no pudo seguir estudiando. Durante un año busco a alguien quién le prestara el dinero para continuar con su carrera. Y lo encontró, un tío de la familia le prestaba el dinero para pagar los semestres restantes, pero con la condición que al graduarse se lo devolviera sobre una tasa de interés del treinta por ciento. De todas maneras, la deuda pendiente con el Icetex siguió creciendo, con los intereses de mora y la póliza de incumplimiento, la deuda ascendía casi al doble de su valor original. Las oficinas jurídicas de la entidad llamaban a Fabio a toda hora, lo intimidaban, le decían que le embargarían el apartamento si no arreglaba con los abogados. Fabio llegó a un acuerdo con la entidad y se comprometió a pagar la suma de \$250.000 mensuales durante un periodo de tres años. El pago de la deuda afectaba terriblemente las finanzas de la familia, por lo tanto había que recortar los gastos de algún lado, y lo primero que pensaron fue en la mesada de Lisbeth y la ropa que Fabio se compraba de vez en cuando.

A pesar de lo que yo creía, Fabio siempre había tenido trabajo, poco o casi nunca estuvo desempleado, sus ganas de salir adelante le imprimían una energía desbordante. Es más, en sus días de descanso, generalmente los domingos, se levanta muy temprano y trasladaba el puesto de empanadas frente a la iglesia del barrio. Es que Fabio es muy trabajador, y eso me consta, era difícil prescindir de

un empleado tan atento como él. Pero una cosa era el afecto que le tenían sus compañeros y clientes, y otra muy distinta era una posible visita de un inspector de riesgos laborales por parte del ministerio de trabajo. La balanza se inclinaba más hacia a un lado que del otro.

Después de comernos cuatro almojábanas con gaseosas nos levantamos de la mesa. Yo iba a pagar la cuenta pero Fabio se adelantó y canceló en la caja. Rumbo a su casa, me dijo lo necesario que era asistir a los controles con el fisioterapeuta, si no lo hacía, podría cojear durante un largo tiempo. Al verlo tan decaído, trate que la conversación tomara otro rumbo. Le dije que me contara sobre el accidente en el supermercado.

Resulta que Fabio, todos los lunes acostumbraba a ordenar las botellas de gaseosa en la sección cuatro. Esa vez, alistó toda su indumentaria: se puso sus pequeños guantes antideslizantes, se calzó sus botas de protección número treinta y cuatro y se apretó su chaleco anti hernias talla "xs". Luego, llevó su butaca de veinticinco centímetros, la cual se apoyaba para llegar a los sitios donde no alcanzaba.

Al dirigirse a la sección de bebidas, sintió que el dolor de su espalda persistía más de lo normal. La noche anterior no había dormido bien, Fabio se preguntaba quién podría prestarle dinero para cancelar los recibos del agua y de la luz que estaban próximo a vencerse. Y con esta preocupación en mente, comenzó a ordenar las botellas de gaseosa sin que prestara mucha atención cómo lo hacía. Al terminar se dio cuenta de su terrible error. Había puesto las

botellas aleatoriamente, olvidando los parámetros de vencimiento del supermercado. Tuvo que volver a realizar la tarea completa. Se apoyó sobre su butaca y comenzó a descargar las gaseosas una por una. Las botellas con fecha de vencimiento más lejana se ubicaban en la última fila, atrás, donde casi nadie las viera, y las que tenían una fecha de vencimiento más reciente se dejaban adelante, visibles, para que los consumidores las agarraran directamente. Cuando sólo faltaban unas cuantas botellas para completar la primera fila. Fabio sintió un fuerte corrientazo que recorrió toda su espina dorsal. Fue un dolor tan intenso que paralizó todo su cuerpo, como si miles de alfileres se clavaran desde su trasero hasta su cuello. Apoyó su mano sobre el borde de la góndola, lo hizo con la intención de enderezar su cuerpo, pero con tan mala suerte que la fuerza que ejerció sobre la repisa fue suficiente para volcar todas las gaseosas sobre su pequeña humanidad.

Al terminar de contarme los detalles del accidente, la cara de Fabio parecía contrariada, no entendía lo absurdo de esa cadena de acontecimientos, era como si hubiera participado en un capítulo del Chavo del ocho. Nos quedamos en silencio unos segundos, simplemente caminamos hacia su casa. El resto de la tarde hablamos sobre otras cosas, de fútbol, política y lo inseguro que estaba Bogotá. Después me despedí de la familia con algo desazón en mi interior, porque la verdad creía que despedirían a Fabio.

Una semana después entré al supermercado a saludar a mi amigo, pero no lo encontré. Pregunté a un almacenista que estaba ordenando los productos de aseo. Me dijo que habían cambiado todos los trabajadores de la planta por un

accidente que se había presentado hace unas semanas. Le pregunté por Fabio, me dijo que no conocía a nadie con ese nombre. Al cruzar la puerta de salida, no me aguanté las ganas de preguntarle al vigilante. Pero me respondió lo mismo que los demás empleados, no le sonaba el nombre. Después lo describí físicamente. Le dije que era muy pequeño, un enano. Nada, parecía como si hubieran borrado toda huella de su presencia.

Los días pasaron y perdí todo contacto con Fabio. No fui capaz de ir a visitarlo a su casa. No quería verlo en una posible situación de invalidez física, eso sería muy doloroso para mí. Pero tal vez no hubiera pasado eso, tal vez lo hubieran trasladado a realizar un trabajo con menos exigencia física. En fin, en todo caso, el futuro de Fabio es incierto para mí y no quiero resolver la incógnita por miedo a llevarme una terrible sorpresa. Así que opté por hacer lo más apropiado para mi salud mental: conservar la imagen más digna que tenía de él: la de un hombre perseverante que da todo de sí para mantener a su familia, y a pesar que todas las circunstancias estén en su contra (económicas, físicas y sociales) él siempre saldrá adelante.